

ALFAGUARA


Henry Roth

Un americano

Traducción de Mariano Antolín Rato

A la memoria de Leah, mi madre:

*«Fijate, hijo mío, algunos frutos maduran
con una mirada del sol, y otros
necesitan el verano entero.»*

Prólogo

A veces se vuela

Yo estaba cortejando a una joven, si a aquella clase de atenciones bruscas, inseguras, equívocas que le prestaba se las podía llamar cortejar: en cualquier caso para mí lo era, pues nunca había hecho algo así antes.

La había conocido en Yaddo, la colonia de artistas, un sitio del que probablemente hayas oído hablar, donde se invitaba a escritores, pintores y músicos durante el verano, o parte de él, con la esperanza de que, aligerados de sus agobios y preocupaciones habituales, y con abundante tiempo libre a su disposición, crearían. Por desgracia la cosa no funcionaba de ese modo, como probablemente también hayas oído. La mayoría necesitábamos agobio y preocupaciones, pues una vez allí holgazaneábamos o perdíamos gran cantidad de tiempo en charlas frívolas y superfluas. Aquello era durante la época de la guerra civil española, en 1938 para ser exactos, y claro, de nuestra conversación formaba parte el hecho de que los leales a la República parecían a punto de lograr la victoria y sin embargo eran incapaces de conseguirla. También existía en aquella época una especie de preponderancia de inclinaciones marxistas entre los intelectuales jóvenes. Menciono esas cosas para recordar cuál me parecía que era el ambiente de esa época.

Entonces yo estaba dedicado a escribir una segunda novela, sobre cuya finalización había llegado a un acuerdo con mi editor. Ya había escrito una parte completa, y esa parte inicial había sido aceptada y celebrada. No necesitaba más que acabarla. Pero fue mal a partir de entonces; en realidad, había ido mal antes de que llegara a Yaddo;

no puedo culpar a Yaddo de eso: me proporcionaron el ambiente necesario para escribir. Había ido mal: había desaparecido el objetivo, desaparecido la determinación, el impulso. Parecía que en mi interior se estaba produciendo un cambio profundo en la manera como abordaba mi oficio, en mi objetividad. Es difícil de decir. Por desgracia, no soy lo suficientemente analítico como para ser capaz de aislar el problema, aunque tampoco sé qué bien podría haber supuesto poder serlo.

Aquéllos fueron la época, el estado de ánimo general, la situación comprometida de los que procede esta narración. La joven a la que estaba cortejando —la llamaremos M.— era una joven muy agradable, alta, de pelo rubio, pianista y compositora, una joven con toda la paciencia, pragmatismo y autodisciplina del mundo, criada y formada en las mejores tradiciones de Nueva Inglaterra y el Medio Oeste, las tradiciones más sanas. En aquella época yo era lo bastante avanzado y arrogante para manifestar algo así como desdén por esas tradiciones. Me preguntaba si mi cortejo tenía alguna realidad, algún futuro, si, en resumen, saldría algo de él. Estaba plenamente dedicado a ser artista; a pesar de lo que fuera.

La colonia estaba cerca de Saratoga Springs, y yo tenía un Ford Modelo A, y a primera hora de la mañana, antes de desayunar, bajaba en el coche desde Yaddo al balneario. En aquellos días en éste había una especie de espacio público, un sitio donde se podían comprar vasos de plástico por un centavo, y una especie de manantial donde el agua con burbujas salía por un tubo delgado a una pila; y digo que tenía burbujas porque ése era uno de sus atractivos, el hecho de que tuviera burbujas.

Desde la infancia he considerado el agua mineral con gas una especie de delicia, algo que no se podía conseguir con facilidad, en realidad sólo comprándola, y recordaba al repartidor del agua de Seltz del East Side subiendo trabajosamente los muchos tramos de escalera con

su docena de sifones en una caja. Y allí era algo gratuito, y no sólo gratuito, además bueno para la salud. El agua, unida a su efervescencia, tenía un ligero sabor a herrumbre o azufre, pero sus propiedades eran sorprendentemente beneficiosas.

Resultó que mencioné los efectos y las cualidades vigorizantes de las aguas del manantial a un grupillo que estaba parado delante del edificio principal de Yaddo, e invité de modo general a cualquiera que quisiera a acompañarme allí por la mañana. La respuesta fue casi masivamente negativa. «¿Beber esa agua? ¿Esa cosa?», fueron más o menos sus comentarios. «Prefiero beber agua con barro», dijo uno de los poetas. Pero una persona contestó de modo afirmativo. Se trataba de M. A ella le gustaba el agua; pronto resultó evidente que le gustaba tanto como a mí.

De modo que no tardamos en ir juntos por la mañana en el coche desde Yaddo al balneario, recorriendo casi un par de kilómetros de la carretera que llevaba allí, y que pasaba al lado de la pista del hipódromo bajo los árboles de la mañana. La temporada de carreras estaba a punto de comenzar, y como una especie de aliciente añadido al trayecto en coche, veíamos los entrenamientos de los caballos; si eran en la propia pista o en una suplementaria junto a ella, ya no lo recuerdo. Pero cuando pasábamos en coche a primera hora de la mañana, veíamos lo que supongo era una de las cosas que se ven normalmente en los hipódromos, aunque para nosotros fuese una novedad: los mozos de cuadra o los preparadores iban echados hacia delante en sus monturas y las espoleaban para que dieran un galope más largo o más corto. Un caballo es algo hermoso —un caballo rápido en carrera—, y a veces interrumpíamos nuestra marcha para ver cómo corrían junto a la valla blanca. Tremendamente flexibles y veloces, a veces parecían volar. La tierra que tenían debajo parecía menos dejada atrás por sus cascos que anticipada por su magnífica zancada.

La temporada de carreras se inauguró. Ninguno de los dos había estado nunca en una carrera de caballos, y decidimos que asistir a una sería una experiencia que merecería la pena, en especial porque se podía acceder con facilidad a la pista y, de nuevo como aliciente adicional, en vista de la tradicional falta de dinero de los artistas, gratis. El hipódromo estaba pegado a Yaddo por un lado, y sólo había que dar un corto paseo por el bosque de aquellos terrenos para llegar a una de las curvas de la pista, o eso nos habían dicho. Qué podía ser más agradable para unos enamorados, o casi enamorados, que un paseo por la espesura un día de verano. Nos pusimos en marcha por la tarde.

Tanteamos más o menos el camino, aunque creo que cuando nos acercábamos oímos un murmullo entre los árboles, y por eso nos orientamos. Llegamos a un terraplén bastante empinado, por el que trepamos, y nos detuvimos ante los postes de hierro de una cerca. La pista se extendía ante nosotros; en un ángulo extraño, se podría decir, con respecto a lo normal. No estábamos ni en la tribuna principal ni en sus cercanías; nos encontrábamos muy lejos de ella. En realidad, la tribuna principal llena de gente sólo era un borrón de colores, y los caballos que desfilaban por delante unas figuras diminutas y lejanas. Puede que el recuerdo haga más pequeña la escena. Parecía que estuviéramos, como virtualmente estábamos, en una cuña o hueco desde donde podíamos ver aquello tan emocionante de un modo secreto y alejado. No recuerdo lo que dijimos una vez allí; sé que los dos estábamos encantados por el espectáculo, aunque fuera en miniatura, lo mismo que si se tratase de un hipódromo dentro de un huevo de Pascua. Había un sonido de fondo que nos llegaba desde la tribuna principal —la banda que tocaba, la mezcla de voces—, una indudable animación y revuelo lejanos que se transmitía incluso a aquella distancia.

Los caballos rebrincaban, se resistían, avanzaban a desgana de lado cuando los llevaban a la salida. La multi-

tud se acalló de inmediato, y la corneta sonó insistente y clara, y de pronto empezó la carrera.

El grupo se dirigió, en una dirección que se alejaba de nosotros, hacia la curva opuesta de la pista, y, si esto era posible, se hicieron más pequeños que antes, caballos de juguete, jinetes de juguete, lejanísimos, y casi lentos por la distancia. Luego rodearon la curva más alejada y vinieron hacia nosotros, y entonces parecieron aumentar en ímpetu y tamaño. Ya no eran caballos de juguete ni jinetes de juguete. Eran completamente reales y adquirirían mayor realidad a cada segundo. Se podía ver la absoluta seriedad del asunto, el esfuerzo supremo, la rivalidad cuando caballo y hombre tensaban cada músculo para lanzarse hacia el frente. Oh, aquello no era un espectáculo de juguete; estaban en fiera y amarga competición, rivalizando, caballo y hombre, rivalizando por el puesto de cabeza, y los globos oculares brillantes y los encogidos jockeys, el silencio, la tremenda flexibilidad, y los gritos. Alcanzaron la curva a mano izquierda de la pista y la rodearon; cada caballo y el grupo completo centrados en su esfuerzo por mantenerse cerca de la valla interior. Y entonces algo raro atrajo mi atención; no sé por qué. Puede que lo que iba a pasar ya estuviera pasando: un jockey cercano a la cabeza o a la mitad delantera del grupo, un jockey de seda verde claro parecía que se estaba cayendo.

No podía creer a mis ojos, y en realidad mi cerebro parecía rechazar lo que veía y darle otra interpretación. Pero se estaba cayendo; y en otro momento él y su montura desaparecieron. Y entonces, en furiosa carrera, el grupo entero pasó retumbando, como una bruma hecha de tonos de color. Eché una ojeada a M. Estaba siguiendo a los primeros mientras tomaban la curva a nuestra derecha y entraban en la recta, y estuve casi tentado de mirar también en aquella dirección, tal era la succión de su viraje, pero en lugar de eso volví la vista. El jockey de verde estaba en el suelo y todavía daba vueltas. El caballo había caído a corta distancia de

él y agitaba las patas en el aire y el suelo intentando recuperar el equilibrio. El jockey se levantó, pasó por debajo de la valla interior y recorrió cojeando la hierba mientras se frotaba sus polvorientos pantalones de montar blancos; unos empleados iban corriendo hacia él. Y entonces el caballo se levantó y echó a correr detrás del grupo. Pero ya no corría como un caballo de carreras. Había algo terriblemente desgarbado y grotesco en sus movimientos, y de pronto comprendí por qué: se le había roto una pata trasera. Le colgaba como una absurda media rellena de algo, y como si fuera incapaz de soportar peso.

—Mira —dije—. Mira, M. —ella apartó su mirada extasiada de la línea de llegada, como preguntando—. Se ha roto la pata.

La expresión de M. se convirtió en una de horror, y ésa fue la palabra que pronunció.

—¡Qué horror!

—Sí —dije yo—. Justo ahora.

—Con lo bonito que era ese animal.

El caballo se tambaleó al pasar por delante de nosotros, corrió unos pasos más y chocó contra la valla interior. Sus patas se agitaron debajo de él, pero ya no pudo levantarse.

—¿No es espantoso? —dijo M.

—Sí.

—¿Cómo pasó?

—No estoy seguro. Tropezó, imagino. Vi algo que rompía el ritmo de la carrera, y luego...

—Ese pobre animal tan hermoso.

—Supongo que no tiene remedio.

—¿Por qué?

Yo señalé.

En la pradera interior se había puesto en movimiento una furgoneta; un coche fúnebre, supuse. Hombres con botas se agarraban a los lados del vehículo. M. todavía me miraba como preguntando.

—Le van a pegar un tiro.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¡No!

—Bueno, ¿qué otra cosa pueden hacer con él? No tiene remedio.

M. lanzó un grito y de pronto echó a correr bajando por el terraplén.

—¡Espera un momento! —estiré una mano para contenerla.

—¡No! ¡Haz el favor!

—¿Qué es lo que pasa?

—¡No quiero que me peguen un tiro!

—¿A ti?

—Los rebotes de las balas. Me dan mucho miedo.

—Entonces sólo un momento. Quiero ver lo que pasa.

Yo había bajado unos pasos por el terraplén y volví a trepar. La furgoneta se estaba deteniendo junto al animal. Ya habían saltado hombres fuera. Unos arrodillados, otros en cuclillas cerca del animal, lo examinaban. Hubo un breve intercambio de opiniones. Y luego el grupo se desplegó en una especie de semicírculo expectante, del cual un hombre dio un paso adelante con una pistola y la acercó a la cabeza del caballo. La crónica de lo que siguió parecía extrañamente insignificante para un suceso tan grave y pavoroso. Los vi cargar el cuerpo del animal muerto en la furgoneta, y por algún motivo se impuso una escena similar que había tenido lugar en el East Side mucho tiempo atrás: una imagen procedente de una infancia desvanecida hacía tiempo donde un policía le pegaba un tiro a un caballo caído en la nieve, y la lenta cabria del enorme furgón negro que levantó al animal más tarde.

Ella ahora estaba sonriendo, como si se hubiera calmado un poco.

—Siento ser tan miedica.

Me encogí de hombros.

—¿Qué importa? Espero no haber sido brusco.

—No. Fuiste como eres.

Me reí.

—Venimos aquí una vez en la vida, y una vez de cada mil o de cada millón pasa esto. Y tan cerca.

—¿Desilusionado?

—No, no había apostado por él. Pero cuando lo vi venirse abajo, noté como si perdiera algo.

Ella me miró comprensivamente.

—Podemos ver otra carrera si quieres.

—No, a no ser que quieras tú.

Negó con la cabeza.

—Bien, ve delante ahora —dije—. Tienes mejor sentido de la orientación que yo.

La seguí por la estrecha y más bien sombría hilera de árboles que bordeaba la pista de carreras. Delante se abría un claro con cierta luz de sol, y detrás de nosotros quedaba una escena sobre la que pensaría mucho: la de un caballo destrozado cuando la carrera adquiriría realidad.